

NO QUEDA SOL EN LAS BARDAS

- Teseo -

- Categoría E -

¿A dónde va el alma de los pueblos que se mueren?

La ladera, por la que el pueblo, más en ascensión que en bajada, intenta ordenar sus casas, es gris en la mañana nublada. Las tierras en ondulación, las lomas y la planicie, parecen enjalbegadas con una cal algo añeja. En los llanos brilla la luz del río sobre las mies abrasada y las vides sedientas, polvo de oro temblando en el verdor. En lo alto del caserío, la iglesia se empina recostada sobre el cerro, para perfilar contra el cielo el remate de su espadaña. El arco mudéjar de la portada soporta, con esfuerzo, con nostalgia y pesadumbre, el peso de los siglos colmados de ocasos y auroras.

Mi memoria nostálgica, murmuraba en el aroma del recuerdo. Había regresado al pueblo aún sabiendo que podría no encontrar en pie la casa que pervive en mi memoria. Llevaba casi cincuenta años sin volver, desde aquella violenta y dolorosa partida –aun niño- hacia las orillas del Río de la Plata. Ahora, mis sentidos, atrofiados o replegados durante decenios, recuperaban su libre funcionalidad al escuchar las campanas viejas de la iglesia. Sus ecos de bronce me devolvían la magia vivida y sencilla de los colores de la infancia; los rostros humanos; los aromas fuertes y calientes del pan recién hecho, de la leña de enebro quemado, del calor animal que exhalaban las cuadras, de la leche blanquísima y densa, del mosto recién trasegado, de la chacina añorada, de tortas y harinados. Sonidos de esquilas y herrerías, de pregones ambulantes, de risas de niños.

Ninguna mirada me examina desde las ventanas, sólo algunos gorriones desde las solaneras de los tejados me prestan atención. Recorro las calles, sin que el eco del tiempo acuda al encuentro de mis pisadas. El pueblo parece dormir un sueño largo, aun cuando los cristales con polvo brillen en un asombro de ojos para siempre desvelados. Y, sin embargo, el pueblo todo, desde su silencio troceado,

desde su abandono recosido, desde su expectación amedrentada que a veces cruje como las tarimas viejas, se encuentra en actitud de espera. Y se diría que espera la llegada de un milagro.

Mientras recorro sus calles, mi memoria sube y baja como el vuelo ondulado de las alondras. Los recuerdos –tan vagos en la cresta de la ola, con esa distancia de niebla o de sueño- cobran, de pronto, al contemplar la que fue mi casa, una desaforada concreción. El caserón -medio derruido ahora- ya era longevo. Puertas y ventanas acusan el castigo de los temporales; ese desgaste sigiloso de soles y lunas rodando sobre la madera o las frías garras de hielos y lluvias dejando sus huellas sobre los muros de adobe.

Lo contemplo con añoranza desde la acera de enfrente. Imbuido por la nostalgia cierro los ojos, y me transporto a aquellos días, donde en un arrebatado de alegría puedo escuchar de nuevo las voces familiares y el griterío de los niños jugando. Como entonces, volví a oler los rosales y, observé la parra plena de racimos que trepando por el muro del patio descansaba sobre el emparrado. Pero no quise seguir más tiempo allí abrumado por una realidad decadente, y sobre todo, para preservar el recuerdo intacto y hermoso que siempre he conservado de la casa y de aquellos días.

Ahora mis sosegados pasos me llevan a la querida y añorada Plaza Mayor, ámbito que acogió la niñez sucesiva de los antepasados ya muertos y, lugar dedicado a los hijos de los hijos de los hijos de aquellos. Arriba está el reloj, recordado con aquella desmesura del entorno, que es como el niño va mirándolo todo. Altísimo, con aquel sonido metálico y antiguo que no podía descubrir, pero que escuchaba con una precisión mágica, resonando en el fondo de la memoria. Ese mismo reloj que, enloquecido por las heladas –a media noche- empezaba a dar treinta o cuarenta campanadas sobresaltando a todos para luego quedarse parado durante semanas hasta que hacía calor.

En la costanera de la solanilla, donde conviven pequeños soportales, las columnas, sobre las cuales la iluminación del sol pone un temblor de muecas divertidas, me evocan y celebran los días de cinema. Y como si el recuerdo me volviera lúcido, rememoro a un entusiasmado coro de niños entrando en la sala de cine. Sillas golpeadas en la prisa de coger buen sitio. Ese resuello de emoción que anuncia el espectáculo. Ventanillos que se cierran y pupilas que fulgen en la oscuridad. De pronto, se oye el trote de un caballo que viene solitario en el sol de las cuatro. La muchedumbre párvula y sumisa contiene el aliento. Repiquetean las herraduras y -¡Oh prodigio!- crece el alboroto. Durante una hora, todo un pasaje de borrosas estampas animadas; un indio, el vaquero; un romano; la chica; el héroe... El cine tenía la fascinación de mostrarnos lo imprevisible... Lo que jamás habíamos visto ni llegábamos a imaginar.

El murmullo del agua al correr reclama mi atención, así qué, cómo olvidar los juegos en compañía de los amigos por las riberas del río lleno de álamos y negrillos, y rodeadas de pequeñas huertas primorosamente labradas. Allí, a la orilla, junto a un remanso, las mujeres lavaban la ropa. Más allá estaba la verde pradera, donde los muchachos -cuan pioneros del fútbol- lanzábamos al aire el balón con la táctica de la bolea que a la sazón estaba en uso. Muchachos con nombres de jugadores que no llegamos a nada, pero que llenamos de gozo el aire fresco y trotamos tras el balón sobre el césped espontáneo salpicado de margaritas. Luego, todos saciábamos la sed en el manantial de agua fresca, que en las tardes del estío contrastaba con el seco olor del bálago de las eras, acompañado del sonido zumbón de los grillos en la atardecida, y el canto medroso de la codorniz refugiada entre los frescales del río.

El sol entra en mis huesos con placer, y rememoro que aún era un mocoso, pues la altura que me tapaba sin necesidad de agacharme era la de un saco lleno de trigo, cuando me mandaron dar vueltas en el trillo sobre la parva de la era; iniciándome así en el "mundo del jornalero", sin llegar a comprender por qué me

alcanzaba la obligación; aunque ya comenzaba a barruntar razones y necesidades. Eran los días de cosechar. Al comienzo como era novedoso, las tornas sobre el trillo estaban llenas de diversión y jolgorio; luego, en las interminables jornadas se sol a sol, se iban acumulando gavillas de sueños no completados, donde se contaban con anhelo los días que faltaban para la Virgen y San Roque. Y de forma inconsciente y pícara, hasta el nublado se ansiaba con tal de poder reposar. Así que en cuanto podía por cualquier excusa me metía en intrincados rincones para descansar. Pero pronto aparecía el único que me podía encontrar, "Zar", el perro, que juguetón y con las barbas llenas de babas me derribaba sin dificultad con sus enormes patas para luego en el suelo lamerme la cara delatándome.

Sobre la fachada del ayuntamiento, en un rótulo desconchado y azul, superviviente de mil canículas y heladas, reza: "Se prohíbe jugar en este lugar a la pelota". Más allá está el que fuera Almacén de Coloniales. Es un pequeño paisaje de mar, una marina clavada en la niebla. Esta niebla que pone unas telarañas de abandono y de vejez sobre los edificios y las calles cansinas. En él se podía uno encontrar toda clase de caramelos; y allí adentro a más de uno se le fueron los ojos y, ¡las manos! Y no digo nada del carrito blanco de helados del señor Agustín y de la señora Pepa que hacían los barquillos de verdad, a golpe de brazo. En cuanto que teníamos diez céntimos ya estábamos a por un cucurucho, -que digo yo que sería pequeño, pero que a mí se me hace que era grande; porque tardabas mucho, de despacio que lo hacías, en chupar el helado y en morderle para que durara más-. Diez céntimos; la perra gorda fue, durante muchos años, la unidad de medida del capital de la chiquillería. Cuando tenías una perra gorda te sentías dichoso, porque con ella se podían comprar cosas que nos llevaban la satisfacción momentánea a los niños de aquellos años.

Ahora las escuelas están vacías. Recuerdo a mi maestro, don Marcelino; cargado de experiencia y resignación ante nuestras travesuras. Educador en los

primeros pasos por la vida de generaciones que ya, por desgracia, doblamos hace tiempo el camino de la existencia. “Urbanidad de los niños” se llamaba el libro de lectura que, la rueda de lectores leía entorno a una estufa de leña y carbón.

Una nube de polvo delata al lejano rebaño en movimiento. Algunos días, al salir de la escuela al atardecer, veíamos al señor Mario –que era cojo- regresar al pueblo distraído con sus seis chivas. Volvían con las tetas bien llenas de leche y, al saberse cerca de casa aceleraban mucho el paso, dejando al dueño atrás. En alguna ocasión ordeñé un poco a la mansa. Así que, por la mañana en la escuela, leche en polvo Americana, y por la tarde, en el mismo cacillo, leche caliente de cabra para matar el hambre.

Y como los recuerdos están encendidos, cómo olvidar esa hoguera que en la atardecida caliginosa de un día de verano del mes de junio, ardía entre la algarabía de los chicos y el chillido de alguna anciana, que se asustaba, cuando algún muchacho intrépido la saltaba. Todo ello acompañado por algún que otro azote que se llevaba algún chaval, propinado por acercarse imprudentemente a la fogata, haberse tizado la cara o chamuscado los zapatos. Aquellas hogueras representaban la síntesis, de la pequeña historia familiar de un pueblo que cada año quemaba sus recuerdos al honor del santo. Mesillas de noche, testigos mudos de enfermedades rebeldes que se llevaron a niños, jóvenes mayores y viejos. Camas chillonas y hundidas de sueños azarosos; sillas viejas que soportaron tertulias, discusiones y festejos familiares; todo, absolutamente todo, en pocos minutos quedaba hecho pavesas pasando a ser humo ante el jolgorio de la chiquillería.

Toda la soledad, todas las soledades del pueblo, se han resguardado sobre el lateral de la iglesia que en su día sirvió de frontón; y donde ahora rebotan los recuerdos, antes lo hicieron las pelotas de los aprendices de pelotari. El sonido del botar y rebotar de la pelota, inducido por una mano mágica, invisible; hace que vea a los muchachos sofocados, briosos sobre las losas, dibujando posturas inverosímiles,

observando el fino latigazo del brazo mientras los ojos y oídos reparten su fascinación en la salida furiosa de la pelota de la mano contra el frontis, a la vez que, los niños jalean los lances inconscientes del discurrir de las horas.

Sea yo, por lo mucho que rechacé los menosprecios que sufrieron, quien deba recordar y agradecer el habernos llenado nuestra infancia y juventud de risas y asombro, a aquellos titiriteros y comediantes que por aquí llegaban, y de cuyo saltarín hacer y largo declamar hice siempre que pude uso. Aquí, en el solar de la plaza, fuera de trabajos estacionales, pude ver evolucionar a la cabra y al mono; al acróbata inverosímil; al payaso admirado sin burla y con respeto. Escuché al actor frustrado -por los avatares de la vida-, declamar a Lope, a Calderón y muchos otros... Daba tanta gloria oírles y verles actuar, que el "mucho para músicas y el poco para velas" que nos reprochaba el señor cura, quedaba pronto a un lado ante la sana alegría que anegaba la plaza.

Transito por la Calle Mayor, y como si el tiempo no hubiera transcurrido me llega un olor a tahona, a rebotica y a cuero, a resina y a tejidos recién entintados, a cansancio de jornalero, a bodega añeja y a vino nuevo, a ilusiones jóvenes y a tristezas viejas. Su clima antiguo sigue fluyendo como siempre, desgastando maderas y piedras. Unos escudos tratan de mantener en pie una fachada, en donde los hierros forjados de un balcón empiezan a perder su vigor. Y recuerdo el balcón de mi infancia. Es época de columpios alegres en patios helados, el balanceo entre villancicos. Trasiegos de musgo para el Belén, la "Noche Santa". Tiempo de higos secos y pasas. De carta de niño pobre a los reyes, llena de estéril fantasía, temerosa de crudo realismo. En balcones vecinos zapatos de hebilla, en el mío zapatos de goma que saben del sudor de la piel, de atajos y peligros, de tormentas y hielos. La goma estira como el tiempo, calzó a los hermanos mayores y ahora me calzaba a mí. Remembranza navideña la de aquella noche, donde quedaron mis zapatos solos en el escalofrío de la helada nocturna. A la mañana siguiente corrí hacia el balcón

sobre tablas chirriantes. Y allí –Oh milagro- aquel año había un caballo de cartón. El repintado tapaba magistralmente los descascarillados de la cabeza y, una artesana ristra de periódicos encolados y pintados, tapaban la abertura del lomo. Pero dura poco la alegría en la casa del pobre. Para cuando llegó la luz de abril, se había apagado ya, la rojiza reverberación del dolor íntimo por la pérdida de mi caballo.

Por la calle de “La Vieja” llegan las sombras, se alejan las luces. Y el aire de un dorado penumbroso se cimbreaba de miedo. Estaba su casa al final de un callejón de tierra. Allí comenzaba la zona del escalofrío, en este lugar vivía “La Vieja”. Curandera inofensiva a la que la imaginación de la chiquillería atribuía las más horrendas maquinaciones. De su casa –a la cual nos horrorizaba entrar- recuerdo su mortecina luz, los giros de un candil errabundo, las lenguas de las llamas desatándose en una danza diabólica que lo inundaba todo de amarillos temblores, o la rojiza reverberación quieta de las brasas. Lo peor de salir herido en las canteas o en cuantos juegos temerarios realizábamos, no estaba en la lesión, ni tampoco en la inoportuna y casual enfermedad, sino en la visita a la casa de “La Vieja” donde nos recetaba sus remedios: Ortiga cocida para la hemorragia; malva real y forraje lila para los catarros; mostaza, linaza y cebolla para las cataplasmas; bisma de pez para las fracturas... Y si las cosas iban mal, hicieras lo que fuere, no había más solución que el cura de la parroquia y la esperanza en el milagro.

Cuando llega el otoño a la comarca, la luz gira sobre sí misma y ofrece a los ojos de mi pueblo la contenida madurez del oro viejo, ese tono color de uva que pesa aladamente sobre las cosas como una concentrada caricia. Estación sensual donde todo madura empujado por la rabiosa luz de agosto, por la luz fría de septiembre, mojada en las primeras lluvias. Y, octubre, luz de panal que mete dentro de la uva el empuje último de la plenitud. Días de trasiego, de olor a cargas de vendimia, a penumbra de cubas, a vaho de bodegas. En las viñas se cortan los primeros racimos de uvas. En el cristal encendido por soles sucesivos, se adivina, el

tránsito lentísimo desde la yema verde de abril, restallante de savia, hasta el maduro vencimiento de los racimos, abatidos de tanta dulzura en octubre. Los pies, arrebolados por el salpicón de la alegría, inician la danza gloriosa. Sangran los costillares del lagar, y el mosto fluye –todavía denso de escorias vegetales- hacia el renegrido canalón de madera, y se recoge –en gorgoteo profundo- dentro del calderillo. Estremecidas de un silencio sin eco, en su sequedad delirante, las cubas –fajadas por grandes aros de hierro- presienten el murmullo de la fermentación. De allí brota –tras un sabio trasiego- el glorioso tinto. Eran días de uvas con pan y pan con uvas. Días de agazaparse para robarlas de la misma cepa o aquel correr tras las mulas y los carros pidiendo un racimo. Así son mis recuerdos de la vendimia en mi pueblo. Evocación de los vinos que refrescaban el gonzate jornalero en verano y hacían buena compañía en los días que se ponía el talante invernal, cuando a las seis ya era de noche, y en los tejados ni gatos había.

De muy joven quise ser carpintero. En la ebanistería ya no se trabaja. La puerta está entornada y he entrado. En su interior, cohabitan virutas, negruras, listones cansados y retorcidos por el tiempo como el sarmiento. Yunque sin eco. Una cepilladora a la que el tiempo cepilló; una inglesa de manivela sin tibio olor a serrín; más tablas, atabales..., nada que valga un céntimo. Hace años que cerró. Está de espaldas al camino que lleva a las viñas, a los pinares, a las tierras de cereal. Me he sentado a contemplarlas. Estoy sobre el escaño que alguien debió traer un día para unir lo que el tiempo separó.

A lo lejos veo los restos de la casa de la abuela. Ya no está el nogal que tapaba medio huerto. Los tapiales a duras penas se mantienen. Allí estaba el huerto que la abuela María cuidó con verdadera pasión y necesidad. Al fondo, en un cobertizo, había un gallinero animado por la algarabía de sus inquilinas que, la abuela atendía mientras les contaba las más variopintas historias. Siempre después de la siesta habitual, la abuela acostumbraba sacar al patio una silla de mimbre junto

a la puerta de la cocina para leer. Aunque ella era una lectora voraz, en su casa no había una biblioteca formal. La situación económica no daba para eso. Leía todo lo que por un medio o por el otro llegaba a sus manos. La recuerdo allí sentada en el verano, alternando la lectura con el cuidado de la pequeña huerta a la que los gorriones martirizaban a pesar del horrendo espanta pájaros. En invierno, estaba con su negra estampa cubierta de luto al calor de la cocina económica. A mí su cocina –mis padres no la tenían- me gustaba mucho. Tenía un depósito de agua a un lado para tener siempre agua caliente. Se quitaba la tapadera de cobre y se sacaba el agua con un cazo para llenar la palangana o poner un puchero. También tenía un grifo dorado de frente, abajo, que sacaba el agua a chorro. Como el grifo goteaba por el uso, mi abuela ponía un bote atado con un alambre, su goteo, era como un eterno reloj. Ella situaba el atril cerca de la cocina y al calor desmenuzaba la lectura. Dejé de frecuentar la casa cuando falleció la abuela meses antes de marcharnos. Atrás quedaron el huerto, los gorriones, las inquilinas, los juegos y una parte importante de mi vida.

Crepúsculos largos con cerros blancos de las motas cercanas se tornan, a esta hora, en colores violáceos; y ese sol que los acaricia como un fiel enamorado, se va metiendo tras el horizonte. Ya no queda casi sol sobre las bardas. Pronto iniciará la orquesta campestre de la anochecida su concierto: El piar de una alondra que vuela en busca de ribazo donde pasar la noche. Esquilas de un rebaño cansino que retorna al redil. Los gemidos de un viento fulgurante. Pinceladas todas de nostalgia por algo que no volverá.

Sobre las aguas del río reposa ahora mi vista en paz mientras me besa un viento anciano. ¿A dónde ir después? Me siento como un Quijote derrotado junto al río de nuestras vidas. De mi alma sale el apagado eco de una voz cervantina “¡Que no son gigantes...! ¡Que son molinos, señor!”. Luego, sólo siento sosiego. Una gran

calma. Aunque yo no lo vea, sé que aquí volverán a brillar “molinos sonoros” altos y rumbosos como los cielos de esta tierra.

He regresado, ya viejo, a despedirme del pueblo, de mi pasado; porque las sombras del Alzheimer diagnosticado, avanzan muy rápido y no tardarán mucho tiempo en borrar mis raíces. He venido desde el otro lado del Atlántico para que no me ocurra lo que a muchos, que se les fue la vida entre las intenciones nunca cumplidas de un último retorno a la tierra. Estoy aquí, ante la certera y cruel enfermedad, para recordar por última vez los sueños ciertos de mi infancia. Mi abuela, los amigos; los juegos; las vacaciones; el colegio; las casas y los baños en el río, donde un día di mi primer beso sobre los cantos de la casajera. Cantos rodados, con los que después apedreeé el agua del río cortando su faz tranquila, con la impaciencia de hacerme mayor.